

La habituación a lo largo del desarrollo

I. INTRODUCCION

La educación, que, ante todo, significa hábito, es como la guía en el proceso de desarrollo de la personalidad humana a través de las fases de maduración física, psíquica y espiritual.

Ahora bien, debe desterrarse la consideración errónea del sujeto como ser caótico, en desorden regresivo, que la educación viene a reducir hasta llegar a la organización del estado adulto. Tampoco es correcta la idea del niño como adulto en miniatura, modelo hacia el que la educación trata de dirigir al sujeto.

La consideración real de la vida humana adscribe una posible madurez progresiva, de niño, de muchacho, de adolescente, de joven, que consiste, para cada período o fase, en una organización interna proporcionada, por una parte, y por otra, en una adaptación conveniente, traducidas ambas en un equilibrio funcionalmente válido.

Este equilibrio provisional de madurez progresiva puede estudiarse en sentido transversal, observándolo dentro de cada etapa o fase. O bien en sentido longitudinal, siguiendo las componentes de la personalidad a lo largo de su evolución como ser físico, afectivo, emocional, mental y social; no olvidamos la imbricación total de estas componentes en la visión unitaria del sujeto y la interacción constante y recíproca de todas en cada acto del comportamiento humano.

Vamos, pues, a centrarnos en la habituación del preescolar y del escolar dividiendo esta última en dos: el muchacho y el adolescente, por ser bastante diferenciadas las características de ambos.

II. HABITUACION DEL PREESCOLAR

A. *Los tres primeros años*

A.1. *Adquisición de los automatismos fundamentales.*—Es la primera forma de adaptación del organismo al ambiente. Las más de las veces el educador no tiene otra cosa que hacer sino seguir y sostener la dinámica interior de la organización fisisíquica, primero sólo *instintiva*, después *refleja*. Las principales intervenciones necesarias son la presen-

Por ISABEL DIAZ ARNAL
Jefe del Departamento de Educación Especial

tación de ocasiones oportunas, estímulos de ejercicio, ejemplos que tendrán que ser imitados a su tiempo.

En los primeros meses de la vida el niño no es capaz de remediar sus necesidades. No tiene otro recurso sino el de *indicarlas* a los adultos para que éstos les pongan el remedio oportuno: alimentación, calefacción, postura, higiene, trastornos fisiológicos y sensoriales, movimiento, sueño, juego, soledad.

Después hay que procurar estimular oportunamente al niño para que tome parte en estas operaciones, coordine los movimientos, adquiera los reflejos condicionados, los correspondientes mecanismos de inhibición y de ejecución, de control, de empleo organizado.

A.2. Primeros descubrimientos.—La coordinación y la diferenciación funcional pasan a organizar y a ejecutar los movimientos relacionados con una *finalidad percibida* como estímulo (primeras «ideas motoras»). De la libertad asistida hay que llegar al sostén y guía, favoreciendo la asociación entre la mano y el ojo, la boca y el oído, para la exploración del ambiente, para la percepción de las dimensiones, favoreciendo los gestos y desplazamientos, que, sobre todo cuando el niño comienza a andar, le permiten percibir la tercera dimensión, la profundidad, organizando en ella los objetos de forma cada vez más destacada.

La organización perceptiva de los objetos en su «forma» y en la posición espacial se favorece proporcionando amplias ocasiones de contacto directo, de manipulación, de visión del funcionamiento; pero se completa su dominio mediante la denominación por medio del *lenguaje*. Este, desde la simple forma de llamada, procede a asociarse con percepciones de cosas y necesidades para más adelante pasar a ser medio de comunicación social.

A.3. Sentido del orden y del desorden.—Posiblemente sea el primero y más importante cuidado educativo. Primero se trata de experiencia pasiva de enseñanza. Pero el niño es muy sensible a ella. Orden, estabilidad, regularidad en los horarios ya desde los comienzos, hábitos de regularidad: cada cosa en su sitio, los gestos hechos en el mismo orden, las prohibiciones que no toleran excepciones; es decir, para el niño un programa reglamentado de vida y para los adultos el cuidado de fijarlo y mantenerlo son factores de buenos hábitos, de un sentido de seguridad, de sosegada serenidad, de fácil construcción de una experiencia exterior e interior significativa, dominada. Por el contrario, el desorden produce traumatismos que dejarán huellas de angustia e incertidumbre, frustra la necesidad de seguridad, hace difícil la adaptación, excita la falta de equilibrio y fomenta el desarreglado dominio de los impulsos.

A.4. Primeras coloraciones emotivas y afectivas profundas.—Por la delicadísima plasticidad emotivo-afectiva del niño se disminuirá la intensidad y frecuencia de los ruidos, novedades, hechos imprevistos, de la suspensión de cosas habituales. Al logro de

este fin se dirigirá el cuidado del orden en torno al niño, las intervenciones para satisfacer sus necesidades y para ayudarle.

Sobremano es el problema de los primeros contactos humanos: con la madre, padre, hermanos. El niño percibe y quedan grabadas en su ser con honda huella vital las experiencias de satisfacción, seguridad, feliz expresión, de pronta comprensión y ayuda, de alegre y sonriente intimidad, de protección, sin irregularidades ni excesos.

Las experiencias contrarias sientan las premisas de futuras dificultades.

A.5. La primera autonomía.—La habituación que en los dos primeros años ha tendido a fijar mecanismos, al fin del segundo año está llamada a aceptar una radical reorganización de la incipiente vida.

El niño está dando el primer paso hacia la autonomía: sabe moverse andando, corriendo, trepando; manipula los objetos; hace uso de los sentidos; domina el ambiente de la vida de cada día; se ve y siente diferente a los demás; sabe que puede imitar lo que otros hacen, no conoce las consecuencias de sus actos. Tiene una necesidad y capacidad de actividad y expansión que lo empuja al uso y al abuso.

Ha llegado el tiempo de aplicar el gran principio pedagógico: ni *libertad sin orden*, ni *orden sin libertad*, sino *libertad en el orden*, perdonando las exuberancias, los pequeños riesgos, las experiencias personales. Tanto el no poder hacer nada como el poder hacer todo lo que quiera desorientan al niño, lo mismo que las irracionales alternativas de permisos y prohibiciones de una misma cosa.

G. Jacquin recomienda tres normas: 1) hacer respetar un pequeño número de reglas inmutables; 2) vigilar al niño para que no se haga daño; 3) permitirle todas aquellas experiencias que desee hacer, siempre que no vayan contra las dos normas anteriores.

Vencer los «no» es no darles demasiada importancia, sobre todo no definirlos en términos «morales» de personas adultas, ni tomarlos como piedra de toque para calificar al niño.

Distraerle de la oposición aprovechando la propiedad del niño de ser sugestionable por un ofrecimiento agradable y positivo de otro interés, ocupación o placer aceptable.

Es el comienzo de la educación de la conciencia moral, con las primeras experiencias de un dilema en el que hay que decidirse por uno de los términos.

Conviene, de cuando en cuando, el encuentro con extraños, personas adultas, pero principalmente con personas de la misma edad o con otros niños. La *diversión* viene a ser *imitación*, juego *junto* a ellos. El paso al autocentrismo es ya un progreso con relación al puro autismo.

En el hogar, los padres deben proporcionar al niño de tres años su parte de íntimo afecto, si bien es más eficaz asociarlos en el afecto hacia los más pequeños recién llegados. La dulzura y presencia asidua de la madre piden también la contribución e integración de la intervención viril del padre con su ascendiente y experiencia para la expansión del niño.

B. De tres a seis-siete años

En estos años la naturaleza hace al niño más dueño de su cuerpo y de sus funciones sensorio-motoras, al paso que la mente se hace apta para las nuevas funciones de la memoria, imaginación y fantasía.

B.1. Ensanchamiento del campo de la experiencia.—Se juntan la necesidad de ejercitar la actividad sensorio-motriz y la necesidad de realizar nuevos descubrimientos. Los medios de que debe disponer la educación a este nivel son: la *naturaleza*, que el niño observa curioso y emocionado, sobre todo si es viva, como en los vegetales y animales, o si está vivificada por el animismo infantil; los *objetos* de la vida doméstica y las mil baratijas de bolsillos y cajones de los peques; los *juguets*, sencillos, familiares, distintos ya y específicos para ellos y ellas, instrumentos de ejercicio y compañeros de juego, instrumentos de proyección y de descarga emotiva; las *personas* del ambiente familiar y del pequeño mundo infantil de costumbre, de la escuela materna, de las cercanías; las expresiones y manifestaciones más habituales y elementales de los actos de la *vida doméstica* diaria de los niños y de los adultos, de las ocupaciones de los hermanos mayores y de los adultos.

B.2. Primera organización mental.—El niño desde el «centro» de su yo (egocentrismo) hace sus ensayos y por esto organiza con libertad las experiencias en un orden imaginario, de composición fantástica, de interpretación animista, mágica, finalista, en el que los sentimientos y el deseo elaboran una nueva verdad subjetiva.

Pueden ayudarle las *fábulas e historietas infantiles*. Los *sueños* a ojos cerrados se completan con las mentiras a ojos abiertos.

La mentira, la fantasía, el sueño de compensación, no se vencen más que ofreciendo al niño lo que él mismo da a entender que necesita y no tiene para satisfacción de sus desequilibrios.

A su tiempo, el *lenguaje*, el *dibujo*, la *escritura* y la *lectura* proporcionan nuevos medios de actividad, de expresión, de comunicación, ayudándole a definir y estructurar la mente (morfología y primera sintaxis), introduciendo al pequeño en una cultura escrita, vivida y ya organizada.

B.3. El juego.—Es la *forma de vida* del niño en este período. Su finalidad es un primer dominio de sí mismo y del mundo. De aquí nace una necesidad y un gusto predominante por la libre actividad, sin preocuparse todavía por los resultados.

El educador debe permitir, y si se lo piden, ayudar, ofrecer, vigilar, el juego de modo que consiga sus múltiples fines pedagógicos: maduración física, endurecimiento del cuerpo, coordinación sensorio-motriz, manipulación experiencial del objeto, desarrollo de la imaginación que en sus figuraciones se anticipa a los modelos, empleos, cargos y puestos de adultos, concentración de la atención y del empeño, solución de pequeños problemas prácticos, proyecciones emotivo-caracterológicas, medio para aprender nociones, operaciones y sentimientos (finalidad a nivel religioso), ocasión de desarrollo social y moral.

En el juego el niño manifiesta los defectos psicológicos de la edad y del temperamento. Pero por esto mismo ofrece también la ocasión de ponerlos reme-



dio, para que avanzando el desarrollo no lleguen a constituir desórdenes morales: la *impulsividad*, que se corrige oponiéndole una conducta de adultos gobernada por la serenidad y constante ponderación en las peticiones, valoraciones y empeños; la *emotividad*, que se modera asistiendo y estimulando con bondad a los tímidos y dominando sugestivamente a los violentos; el *desorden*, que se remedia exigiendo el orden pacientemente, pero con constancia; la *indiscreción*, a la que se pone coto con el arte de decir que no, con la firmeza no desprovista de espontaneidad; el *capricho*, que se rinde previniendo las tentaciones con la firme sumisión a un orden general, con la inflexible y serena firmeza, con la desviación hacia otros intereses atrayentes, con el cuidado y la imposición de respeto a los derechos de los niños de su edad.

B.4. Los primeros cuidados del desarrollo moral y religioso.—Se trata de encarrilar al niño por el camino de la inhibición de los mecanismos instintivos y reflejos, de la deliberación y elección del bien.

Por encontrarse en sus comienzos la educación trabaja mucho valiéndose de asociaciones, condicionamientos físicos y emotivos, es decir, con referencia y en conexión con factores concretos.

Es toda la *personalidad físico-moral de los padres* la que se percibe como criterio de bien y de mal en sus permisos y prohibiciones, hasta ser considerada como norma moral.

Tiene gran valor la experiencia de las *consecuencias*. Aunque el recuerdo en sí es breve, tiene que ser confirmado con fuerza y ordenado a la *intuición momentánea* de un orden de bien, de deber, observado, violado.

En este juego progresivo de espontaneidad se prepara el nacimiento de las primeras manifestaciones de la razón. La obediencia del niño no puede traspasar los límites del campo de los afectos y de la intuición global o experiencial.

Los pequeños progresos desde el plan afectivo al moral pueden ser intensificados y dirigidos cultivando la intuición de los valores más evidentes de cosas, personas, conductas.

La *educación religiosa* también se organiza y encarrila en este período.

Son óptimas las expresiones del canto y del gesto y las ceremonias simbólicas.

No hay que tener prisa por hacerles aprender oraciones con largas fórmulas.

Su oración tiene que ser expresión de lo que ellos pueden sentir con espontaneidad; lo que ellos pueden expresar, pedir, según los momentos y circunstancias.

Ni se empleen abusivamente términos y amenazas de pecados, pecadores, infierno, demonios. El despertar moral y religioso debe realizarse en nombre del más gozoso descubrimiento que puede hacer el niño, esto es: el descubrimiento del reino de Dios Padre y de Jesús redentor.

B.5. La primera socialización.—Los factores que la llevan a cabo son, además de la maduración interior de las funciones de relación, los familiares,

las personas de la misma edad, la escuela maternal. La sociabilidad es vivida, percibida por intuición, no de forma refleja todavía, pero sí con suficiente comprensión para calificar la percepción, las realidades afectivas, la conducta en general.

Con respecto a los *familiares*, el niño entabla relaciones cada vez más precisas, reconoce y comprende las categorías sociales, grados y oficios y capta, por intuición, al menos en sus grandes líneas, la estructura del grupo.

Los *coetáneos* (con expresión variable hacia arriba y más frecuentemente hacia abajo y que comprenden a los hermanos, parientes y amiguitos) son casi exclusivamente compañeros de juego, pero ofrecen amplias posibilidades de imitación, rasgos de carácter muy significativos: dominio y pasividad, superioridad e inferioridad, sociabilidad amistosa o agresiva y aislamiento...

La *escuela maternal* es medio oportunísimo de integración y corrección del ambiente familiar. La diversidad de ambiente material y personal corta en el niño hábitos de conducta indeseable y puede dar lugar a preciosas experiencias nuevas: una relativa independencia de los padres, merma de las pretensiones en un grupo numeroso, conocimiento de nociones útiles y de formas de comportamiento.

III. HABITUACION DEL ESCOLAR

Puesto que la escolaridad obligatoria abarca ocho años de la vida del niño, a partir de esa fase preescolar y durante éstos se dan características muy definidas entre el muchacho de cursos primeros y el adolescente de los últimos, seguimos la línea evolutiva sin perder de vista el aspecto transversal de madurez progresiva dentro de cada etapa.

C. La habituación del escolar de los seis primeros cursos

Iniciada la escolarización sistemática del niño existen factores decisivos en el comienzo con los que debe contar la habituación por ser decisivos a lo largo de la escolaridad.

C.1. Reducción de los momentos de desconcierto.—Están ligados, bajo el aspecto ahora considerado, al rápido desarrollo físico de la edad, con fácil invasión de enfermedades que desconciertan de varias maneras al muchacho dada su gran receptividad para las infecciones.

Tanto los padres como el personal docente deben atajar los retoños de infantilismo en los momentos que reclaman su asistencia y cuidados, así como procurar la readaptación ya al trabajo, ya a los compañeros en cada retorno a la escuela, con mayor atención en los casos de ausencia y aislamiento prolongados, que amenazan alterar las fases de un normal desarrollo de los intereses y capacidades.

C.2. Buen encauzamiento de la experiencia en la escuela.—La *regularidad en la asistencia a clase, la continuidad ordenada en el trabajo y en la discipli-*

na, son factores de formación y de choque, pero hay que introducirlos con equilibrio, sin romper bruscamente con los hábitos de conducta anteriores: juego, variedad y relativa libertad, serena alegría, afecto...

Hay que evitar con muchísimo cuidado el anuncio anticipado de la escuela como látigo castigador de los caprichos, de la indisciplina, de las violaciones de la paz doméstica. La escuela debe presentarse unida al vehemente deseo de aprender muchas cosas hermosas, en el camino de llegar a ser mayores.

Una vez salvado el año de fragilidad, el muchacho entra en un período de adaptación nueva de estabilidad, de organización del carácter, de socialización.

C.3. *Desarrollar la capacidad de esfuerzo.*—El educador tiene ocasión favorable para desarrollar la *capacidad de esfuerzo* del muchacho y para desarrollarla con vistas a fines formativos.

Es el tiempo de los ejercicios de endurecimiento físico, tan útil para la vida. Sin excesivo peligro de enfermedades ni de agotamiento, el muchacho puede ser empleado en ejercicios que exijan el uso del cuerpo, la resistencia y superación del cansancio.

Exigirle la atención voluntaria en el trabajo de clase, personal o colectivo, aunque sea pesado o fatigoso, sobre todo cuando pida reflexión y observación de reglas. Se ha de conseguir sin amenazas, con trabajos de gran interés por su contenido y por el método.

C.4. *Iniciar la formación de una conducta buena y constante.*—Se encuentran en el educando condiciones favorables para la formación de hábitos, para fijar orientaciones de pensamiento, de valoración, de acción. Con firmeza, con un método lleno de iniciativa y de afecto y, sobre todo, ofreciendo metas a largo plazo podemos conseguir la victoria sobre la pereza e inestabilidad de la imaginación y de la sensibilidad.

Es preciso, no obstante, superar la repetición rutinaria puramente mecánica: el muchacho debe comprender y más aún beneficiarse del valor y ventajas de una acertada y racional repetición.

C.5. *Encauzar la estructuración inicial del carácter.*—Tratará el educador de conocer a tiempo los defectos, malas tendencias en sus primeras manifestaciones, la presencia de un defecto ya dominante. No basta detenerse en formas superficiales, es necesario descubrir la naturaleza de las causas más hondas. Pereza, desobediencia, orgullo, doblez, gula, vanidad, tienen raíces hondas y a veces remotas.

Pero no hay muchacho que no tenga buenas cualidades y de ordinario una que sobresalga entre todas.

La habituación adquiere un aspecto positivo-negativo de llamada para cultivar las buenas cualidades y para corregir y atenuar las malas. Eficazmente contribuirán los mandatos, enseñanzas, aprobaciones y autorizaciones, reprobaciones y censuras, más aún los ejemplos y, sobre todo, las situaciones espontáneas o buscadas, que promoviendo un activo ejercicio de las virtudes desaconsejen y desalienten la mala conducta.

En caso contrario, el muchacho queda comprometido o perjudicado por los conflictos y presiones ex-

teriores que lo ahogan o desvían, produciéndole el aislamiento en sí mismo o el brotar de complejos afectivos.

C.6. *Madurez progresiva de los procesos intelectivos del pensamiento lógico, de los razonamientos de causalidad física de relación y comparación.*—La habituación dirige y gobierna la observación, reflexión y expresión verbal a este nivel. Este desarrollo de la razón mnemotécnica y práctica condiciona el ensanchamiento del saber y del poder, el proceso del conocimiento y adquisición de habilidades. Los problemas prácticos, que precisamente la inteligencia práctica del muchacho debe saber resolver en la clase, en el juego, en la vida, adquieren ya la significación del «cometido» que hay que desempeñar a todo trance.

Evitando desviaciones de pragmatismo, importa mucho ayudar al muchacho a *servirse con método de los instrumentos del trabajo escolar y de la vida ordinaria* (observación, experimentos, confrontación crítica con los objetos) y a *cultivar el uso de la razón práctica.*

Aprovechando las grandes disponibilidades de energía y la exuberancia de voluntad de juego y de acción, la enseñanza teórica en estos años debe ir acompañada de formas variadas de trabajo manual, artístico, mecánico, artesano, agrícola; al paso que el aprendizaje profesional debe enriquecerse de cultura general, literaria, científica, histórica. Para todos, éstos son los años más a propósito para el estudio de las lenguas extranjeras.

C.7. *Fomentar el progreso social.*—El principio fundamental podría ser: inserción y conformación sin conformismo. Es necesario vencer el peligro de absorción de la personalidad, que resultaría disminuida ante la tentación de aprovechar la complejidad de las situaciones para faltar a la verdad. Es necesario reaccionar, educando al muchacho en la lealtad, tratándolo con lealtad, no tentándolo con la deslealtad.

En los trabajos escolares (tareas, lecciones, encargos); en la conducta doméstica (relaciones con los padres, hermanos, parientes); en las amistades, juegos, actividades con los compañeros, debe salvarle la lealtad, hay que ayudarlo a captar sus ventajas de premio exterior y moral y llegar a infundirle un hábito.

El muchacho necesita experiencias frecuentes y amplias de responsabilidad para evitar que la conciencia colectiva sustituya a la personal, excluyendo problemas personales de mérito, de culpa, de causa.

La escuela proporciona la experiencia de obediencia a autoridades y leyes impuestas al margen de la natural relación afectiva. El juego, la obediencia a reglas de acción y de grupo libremente elegidas, aceptadas o convenidas.

El yo social hace que a veces el muchacho empiece a evadirse de la familia y únicamente se sienta escolar, colegial, amigo, miembro de la banda y de la asociación. Sería un daño grave.

La vida y la instrucción (principalmente escolar) tienen que proporcionarle motivos de apertura civil y humanitaria, de sentido patriótico e internacional.

Al menos a nivel mental, el muchacho advierte las estructuras sociales fundamentales, la cultura de la sociedad y de los grupos menores y empieza a introducirse en ellos.

Para promover su maduración social es indispensable que la familia reconozca al muchacho, merecedor de una nueva categoría y dignidad; que la escuela le dedique un nuevo método de trabajo y de disciplina; que el grupo juvenil le ofrezca formas articuladas de responsabilidades y de ejemplos vivos.

D. *La habituación del adolecente de los dos últimos cursos*

La adolescencia es el período decisivo para la orientación de la vida, es decir, para el éxito de la educación. Intervienen dos órdenes de factores: una *profunda transformación interior*, que descubre al muchacho horizontes nuevos de plena libertad personal de expresión y una *más intensa presión* del exterior, ejercida por el ambiente social en sus múltiples formas y con particular eficacia.

En este período, cuya fase aguda se encuentra entre los trece-catorce años, el adolescente es una persona que *sale de la infancia* (ya no es un niño, pero conserva regresivamente todavía algunos aspectos de la niñez) y *entra en la madurez* (todavía no es un adulto, pero anticipa progresivamente sus formas). El problema pedagógico fundamental ya no es mantener el equilibrio infantil, insuficiente, sino *ayudar y dirigir la libertad* naciente en sus formas y contenidos, con sentido realista de sus capacidades y debilidades.

El problema del adolescente es principalmente interior, problema de *unificación* de las funciones internas en intenso proceso de maduración. Es de orden físico, mental, afectivo, social y moral. Es problema de elaboración de un juicio global acerca de la realidad y de la vida, en la que será llamado a integrarse amplia y definitivamente más adelante.

En este arranque hacia la emancipación el muchacho no formula sus reclamaciones con expresiones verbales, sino que las sufre y afirma sordamente, considerándose satisfecho si el educador le sale al encuentro con una adecuada evolución de relaciones y de ofrecimientos. Por esto cabría decir mejor habituación del educador al adolescente más que la contraria.

D.1. *El educador como jefe, guía, amigo.*—La creciente capacidad autoeducativa de los adolescentes pide que la forma del magisterio sea cada vez más «ministerio», servicio que estimula, dirige y guía los principios interiores de desarrollo. La habituación ya no puede ser *sobre* el muchacho, sino *con* el muchacho inserto en el grupo familiar, escolar, etc., con claro cometido de estímulo y guía.

D.2. *Relación educativa con el adolescente.*—Definida por los verbos *aceptar* y *guiar*. El adolescente, sin perder el contacto con el educador, necesita comprobar cómo va él tomando la dirección de su vida

a medida que progresa. Método básico es la *comprensión*, sin debilidades ni excesiva indulgencia, menos aún aparentando no ver para evitar la obligación de realizar intervenciones que cuestan sacrificio para las que no se está preparado.

Descubrir intuitivamente la necesidad de intervención, ya que al adolescente le cuesta mucho declararla.

Son necesarias *coherencia* y *competencia*, porque el adolescente es exigente respecto de la ejemplaridad del educador, que debe precederle en la acción, y a la validez de las normas directivas, de las que es defensor y portador.

El educador tiene que aceptar al adolescente con su condicionamiento hereditario, físico, afectivo, temperamental, operativo, mental, social, ideológico, con sus relativos méritos y límites; por otra parte, ha de reconocerle la iniciativa, el derecho en el trabajo personal, en la amistad y en la experiencia, por ser elementos formadores del carácter; no hay que olvidar tampoco el alentarle, ayudándole a superar los fracasos, estimularle a continuar y recobrase, proporcionarle ocasiones e instrumentos para ejercitarse.

D.3. *Cuidado del desarrollo intelectual.*—Alrededor de los doce-catorce años el muchacho llega a la posesión de las funciones lógicas. Pero sólo al comienzo de su ejercicio, que las debe llevar a la perfección de forma y de contenido; de otro modo se realiza una detención y retroceso en el desarrollo.

Tres principios de habituación rigen las intervenciones encaminadas a lograr la *funcionalidad intelectual* del adolescente:

a) *Dejar amplia libertad de ejercicio* de las funciones mentales.

b) *Proporcionar ocasiones, materia, instrumentos.*

c) *Tomar parte en la actuación del muchacho* con tacto delicado, en clima de dirección del trabajo, con libre expresión del pensamiento de aquél. La función ordenadora del educador es importante. El muchacho puede desconcertarse con la cantidad de nuevos conocimientos y crearle problemas teóricos, afectivos o morales dada la intensidad emotiva con que vive sus progresos. Por esto, su campo de conocimientos debe contar lo antes posible con *puntos de apoyo*, concretados en los valores supremos de la realidad y de la existencia.

Es necesario *proporcionar asistencia-guía del descubrimiento del chico* en el momento del *descubrimiento de los valores negativos* (errores, culpas, disensiones, luchas, escándalos) del mundo cercano familiar, cívico-político, educativo y del lejano mundo histórico. La abundante contraposición del bien copresente, la comprobación realista de las dificultades y límites humanos, valen mucho más que la negación del mal o la oposición al adolescente, que ve y juzga.

Terminamos aquí el esquema de la habituación en el proceso de desarrollo, pues los hábitos de trabajo y estudio se abordan en otros artículos.